

de hierro, y muy lejos de esto, habia mandado predicar la Cruzada en Inglaterra, Francia y Alemania; que era preciso aguardar, que al fin, dentro de poco, los occidentales despertarian de su adormecimiento (1).

1266. Entre tanto Bendocdar se presentó otra vez delante de Tolemaida, y atacada por espacio de 8 dias, sin ventaja alguna, se retiró pasando con todo su ejército á sitiar Saphet guarnecida por los Templarios, quienes probaron su valor y fidelidad á la religion. Pertrechados allí esperaron intrépidos el ataque del musulman; después de una larga defensa de 42 dias, sin auxilio de socorro exterior, viendo el Prior del Temple las murallas ya destruidas y la resistencia inutil, se vió obligado á capitular en 22 de julio. En la capitulacion se habia estipulado salvas las vidas de los Caballeros y guarnicion, y que se les acompañaria hasta Tolemaida. Sin embargo, el sultan, una vez apoderado de la plaza, faltó villanamente á lo estipulado, y desarmados los caballeros y guarnicion, envió un Emir la misma tarde intimando á todos que se hicieran musulmanes ó morir, dándoles solamente la noche inmediata para resolverse, en tal conflicto, el prior del Temple, personaje de celo y de fe viva, asistido de Fr. Jaime y Fr. Jeremias, Frailes menores, empleó toda la noche exhortando á los Templarios, Ciudadanos y guarnicion, al que prefirieran la corona del martirio á una vida pasajera y deshonrada por una vergonzosa apostasia, suplicando con lágrimas que todos á la mañana siguiente se dejasen primero degollar ántes que hacerse mahometanos.

La guarnicion se componía de 150 Templarios y de 767 soldados á sueldo, es decir de 917, sin contar algunos Caballeros Hospitalarios, cuatro frailes menores y bastante número de paisanos, mujeres y niños, formando un total de unas 3,000 personas, de los cuales solamente 8 prefirieron á una corona inmortal, algunos momentos de una vida fugaz y deshonrosa. Del número de estos cobardes fué el castellan llamado el Caballero Leon que conservaba intimidad con el Sultan; éste, cumpliendo su promesa de pasar á todos por el filo de la espada sino apostataban, les hizo degollar, corriendo la sangre como un torrente desde lo alto de la montaña hasta la falda, y al tener noticia de la firmeza y constancia del Prior, después de haberle ofrecido, inútilmente, riquezas y dignidades, irritado y lleno de cólera le mandó desollar vivo y temiendo que aun podía escapar de un suplicio tan cruel, ordenó cortarle la cabeza en el mismo lugar de los otros mártires, así como á los Frailes menores que servían de capellanes en la fortaleza de Saphet, y plugo á la Providencia que durante algunas noches apareciese sobre los cuerpos de los mártires una luz extraordinaria, que fué observada por mahometanos y cristianos, é informado el Sultan de este caso, mandó levantar altas murallas en el

(1) Id. Epist. 367, y 381. tom. 2.

lugar donde estaban sepultados; para que no fuese objeto de veneracion por parte de los cristianos, ni motivo para reconquistar dicha plaza (1).

Llegada á Roma la noticia de esta bárbara ejecucion, el Papa escribió á los Grandes Maestres para consolarles, y al mismo tiempo animarles con los prontos socorros que les llegarían por razon de haber terminado la guerra de Sicilia.

Clemente informó á su legado de Inglaterra el estado lamentable de Oriente, y le decia: «Además de la pérdida de cien caballeros de la casa del Hospital experimentada el año pasado, ved ahí que la del Temple, tan célebre y tan famosa, viene á quedar reducida casi á la nada. Es indispensablemente necesario reclutar sujetos nobles antes del pasage general, y buscar medios para mantener á 500 ballesteros.» Esta gente era de á pié, empleada en conducir y maniobrar las balistas y otras máquinas de Tiro (2).

En verdad que en esta época, tanto la Tierra Santa como las dos Órdenes militares, se hallaban apuradas, y, por decirlo más claramente, agotadas todas sus fuerzas ante la pujanza formidable del sultan de Egipto; por lo tanto, eran necesarios socorros efectivos, reales y poderosos; sin embargo, estos no llegaban y la pérdida de la Tierra Santa era inminente y segura.

A últimos de agosto, Hugo de Lusignan, al frente de un considerable refuerzo que habia traído de Chipre, se unió con los caballeros de las Órdenes, para entrar en campaña contra el musulman. Su vanguardia, con motivo de haberse adelantado demasiado, y entregada al saqueo, fué batida y destrozada por los egipcios. Los Hospitalarios con otros soldados en número de 500 que habian escapado de esta derrota, fueron tambien derrotados en la noche inmediata por la infantería musulmana que salió de las fortalezas (3).

El sultan de Egipto lleno de ira y de venganza contra el rey de Armenia por haber escitado á los tártaros á que fueran al socorro de Tolemaida cuando él la sitiaba, volvió el esfuerzo de sus armas contra aquel príncipe, devastó todo su país, derrotó su ejército, matando á uno de sus hijos y cogiendo á otro prisionero, lo que movió al Papa á escribir una carta á los Grandes Maestres para conjurarles á que no abandonasen á los armenios ni tampoco al príncipe de Antioquía, que les secundasen y defendiesen en cuanto les fuera posible (4).

(1) Marin Sanut, pág. 222.—Tyrii cont. hist. año 1216. Chron. S. Martin, Lemov. Baluzio, tom. 6. Misceli., pág. 360. Decapitavit septies viginti Fratres et Decem Templi, exceptis Hospitalariis et septingentes sexaginta septem viros bellatores et quatuor fratres minores, exceptis mulieribus et parvulis quomnes estimati fuerunt usque ad tria millia.

(2) Thesaur. Anecd. tom. 7, col. 422.

(3) Tyrii cont. hist. año 1266.

(4) Thesaur. anecd. tom. 2, col. 463.

1267. Triste situación para las dos Órdenes verse invitados á socorrer á sus vecinos, mientras que ellos mismos se veían reducidos á no poder prescindir de los infieles; pues sin los tártaros que el rey de Armenia había llamado á su socorro, sin duda alguna no hubiera sido posible resistir las fuerzas de Bendocdar.

En Francia, Fr. Amaubri, queriendo ser útil á los que le habían solicitado por preceptor, ó también hacerse partidario contra los sucesores de Federico II, formó el proyecto de hipotecar todas las encomiendas de su jurisdicción á comerciantes, con la obligación de entregar en determinados plazos todo el dinero que el rey de Sicilia necesitase para sus empréstitos. Este proceder mereció las gracias del Papa, y le escribió diciendo:

«Vuestro celo y adhesión son dignos de alabanza, para Nos no podíamos hallar un plan más agradable; por lo tanto, Nos os concedemos por las presentes toda la autoridad necesaria para realizarlo, que tan luego como el rey de Sicilia haya enviado sus cartas de garantía, y compromiso de indemnización que os ha prometido, y habremos visto su sello real; entonces procuraremos confirmar con nuestra autoridad apostólica (1).

Esta generosidad de Fr. Amaubri le habría sido más gloriosa y honorífica si hubiese tenido por objeto socorrer, como era de su obligación, la Tierra Santa, que se hallaba en los mayores apuros, en lugar de favorecer á un príncipe ambicioso, quien haciendo morir en un cadalso á Conrado, legítimo heredero de Sicilia, cometió un crimen que aun hace temblar de horror á la posteridad. La Europa, escandalizada de esta barbarie, no recibió con menos sorpresa y admiración los males que el sultán Bendocdar hacía sufrir á los Orientales.

Este sultán, astuto y malvado, á principios de este año, 1267, formó el plan de sorprender á Tolemaida, y con este objeto hizo avanzar una fuerte división ocultándola en parages cubiertos de la vista de la plaza, pero lo más próximo que fué posible, y el sultán á la cabeza de algunos escuadrones disfrazados de Templarios y Hospitalarios, con sus respectivos estandartes de las dos Órdenes, y lisonjeándose con tal astucia y estratagemas apoderarse á lo menos de una de las puertas de la ciudad; pero, sospechando los Templarios la infamia del enemigo, por saber positivamente que ni de su Orden ni del Hospital había fuera de la ciudad tanto número de sus Caballeros, recibieron á aquellos fingidos religiosos como merecían, con tiros y disparos; y al verse burlado el sultán se contentó pasando á cuchillo á todos los habitantes de los alrededores, haciendo prisioneros á unos 500 á quienes mandó desollar la cabeza, y arrancarles las entrañas.

Al cabo de 15 días reapareció de nuevo, esparciendo por todas partes

(1) Thesaur. Anecd. tom. 2, epist. Clem. 544.

la desolación, arruinando los molinos, derribando las casas de recreo, arrancando viñas y saqueando los alrededores de Tolemaida hasta al pie de sus murallas.

A últimos de este año este formidable sultán, que no ignoraba la consternación que cundía entre los cristianos á consecuencia de los desastres que experimentaban, prevaleciendo de estas circunstancias, y de la débil resistencia que podían hacer, dirigió sus ataques á Jaffa, á la cual rindió así como su castillo, sujetando todo su condado. Una vez dueño, despojó á unos, y obligó á otros á refugiarse á Tolemaida, para aumentar el número de bocas inútiles (1).

Esta continuación de desgracias á nadie afectó más sensiblemente que al Santo rey de Francia; en una reunión general de sus barones, se cruzó de nuevo con sus tres hijos, Teobaldo, rey de Navarra; Roberto, conde de Artois; Guido, conde de Flandes y muchos otros caballeros nobles, que imitaron su ejemplo.

El Papa concedió á favor de esta expedición, la décima sobre todas las rentas eclesiásticas de Francia, exceptuando como de ordinario á las tres Órdenes, y á los clérigos que se embarcaban en el primer pasaje.

En otra reunión tenida en Carcasona, á la cual fueron convocados doce Preceptores, entre ellos el de Albí y de Narbona, el rey dictó las providencias necesarias para transportar inmediatamente grandes cargamentos de trigo que en abundancia se hallaba en el Langüedoch (2).

Entre tanto los Templarios se batían con el terrible Bendocdar quien rindió en 15 días el castillo de Beaufort; pero, después de una resistencia heroica, y devastando en seguida los territorios de Tiro y de Sidon, incendiando los arrabales de Trípoli, dirigió todo su ejército á Antioquía, que se hallaba sin defensa, apoderándose de ella, casi sin resistencia, el 27 de mayo de 1267.

Esta rendición de Antioquía causó hondo sentimiento, por cuanto apenas costó al sultán ni la formalidad del sitio, no faltando historiador que acusa á los habitantes de cobardía. Sin embargo de tan fácil conquista y de tan importante plaza, sea que el cruel sultán estuviera sediento de sangre cristiana, sea que entrara en su plan disminuir de esta populosa ciudad el número de habitantes cristianos que la poblaban; lo cierto es que, una vez rendida, mandó á sangre fría, un degüello general de más de 17,000 personas, llevándose cautivos á más de 100,000.

La mayor parte de las plazas que pertenecían al Temple en los confines de Armenia, entre otras el fuerte Gaston, el puerto Bonnel y Noche de Rufol tuvieron que sujetarse á la ley del vencedor (3).

(1) Marin Sanut, Tirii cont. hist. año 127.

(2) Hist. general d' Lengüedoch, tom. 3, pág. 385.

(3) Tyrif cont. hist.—Marin Sanut.—Chronie. Monachi Patavici i año 127.

El incansable Bendocdar, después de la rendición de una plaza, atacaba otra, y así al por menor que dijéramos, venía apoderándose de todas. En su consecuencia, dirigió sus miras á la fortaleza de Karak, defendida por los Hospitalarios. Estos caballeros sostuvieron con valentía, por espacio de dos meses, el honor de la Orden contra los reiterados esfuerzos y formidable ejército infiel, á imitación de sus hermanos de Assur, sin querer oír hablar de capitulación, muriendo sobre la brecha y no entrando el sultán en el ruinoso castillo hasta después de la muerte del último de esos bravos guerreros.

Por lo que acabamos de reseñar, se vé con evidencia el lamentable estado en que se hallaba la Tierra Santa en aquella época. Sin soberano, sin ejército, sin socorros, no quedándole otro amparo y defensa que las dos Ordenes militares, como lo acabamos de ver. Sin embargo, merced á tantos combates, sitios y pérdidas cotidianas, estas dos Ordenes se hallaban abatidas, teniendo que compatir á tan numerosos ejércitos de infieles, no obstante su celo, valor é intrepidez nunca desmentida no vacilaban en arrostrar todos los peligros para defender la religión y la Tierra Santa.

En 1268 en dicho año murió Clemente IV que reinó 4 años. A dicho Pontífice se atribuye el haber renovado algunos reglamentos á favor del Temple.

1.º Que los obispos procederían contra cualesquiera que ejerciere alguna violencia en las personas, bienes y casas de los caballeros, contra los que se atrevieren por desprecio atentar á sus privilegios, ó exigir el diezmo de sus rentas ó tierras que ellos cultivan.

2.º Que los ordinarios no podrán anular las sentencias dictadas á favor de la Orden, si antes no se les ha dado satisfacción.

3.º Que ellos podrán escoger los Presbíteros que necesitaren para el culto divino y administración de Sacramentos.

4.º Que les será permitido edificar en sus tierras oratorios, y enterrar á los súbditos de la Orden, no obstante sin perjuicio de los derechos de los Párrocos.

5.º Que serán recibidos como testigos en las causas concernientes á la Orden, sin que nadie pueda impedirlo.

6.º Se les prohíbe conferir ninguna encomienda á sus cohermanos por recomendación de reyes, príncipes ó Grandes del siglo, y quiere el Papa se fulmine sentencia de excomunión contra los que fueren convencidos de haber obtenido por medio de tales recomendaciones.

Se llamaba encomienda, la administración de ciertos bienes de la Orden, concedida por tiempo señalado, á los caballeros, con obligación de enviar todos los años al tesoro común, una suma de dinero determinada (1).

(1) Regulæ, Const. et Privilegia ord. Cisterc. pag. 181.

Estas disposiciones pontificias no impidieron al clero de la Provincia de Sens, reunido el año siguiente, presentar contra los Templarios y otros exceptuados, una carta del Papa, que no se halla en ninguna parte, por la cual prohibía sustraer á sus donados ú oblatos de la jurisdicción de los Obispos, así como construir capillas sin el consentimiento del Ordinario, y celebrar el oficio divino en tiempo de interdicto sin privilegio especial (1).

Por este documento se ve que los Caballeros tenían conservadores de sus privilegios designados por el Papa, que las desavenencias de los Obispos con los caballeros á menudo se originaban porque estos no mostraban sus letras de exención, y se les decía:

«Ellos no reparan en hacer celebrar el oficio en sus oratorios y capillas, con desprecio de las censuras episcopales, y que para autorizar todo esto no pueden presentar privilegios apostólicos.» ¡Qué absurdo y temeridad! Los Templarios, como hemos visto, en otra parte, los poseían y muy auténticos (2).

No obstante, todas las veces que los prelados permitían á los caballeros construir capillas, tenían gran cuidado en prevenir que no se perjudicasen sus derechos; tenemos un ejemplo en 1270, Guillermo Obispo de Puy concede á Fr. Ramon de Chambarou, preceptor de S. Juan de Puy construir cerca de la casa de Salvetat un oratorio en honor de la Santísima Virgen, así como un cementerio para uso de los súbditos de la Orden y familiares, con la condición de satisfacer á él y á sus sucesores el homenaje ordinario (3).

1269. Pasemos otra vez á Siria. Con motivo de las victorias de Bendocdar, la consternación en la Palestina era general. Dicho sultán después de la rendición de las plazas que hemos mencionado, continuaba sus correrías hasta las puertas de Tolemaida, y en una de ellas logró apoderarse de su gobernador. La carestía era tan grande, que una medida de trigo costaba 8 besans, ó sean 80 libras.

En estas coyunturas, habiendo sabido los cristianos de Palestina el trágico fin de Conrado, legítimo heredero del reino de Jerusalem juzgaron haber hallado el medio para remediar sus males, ofreciendo el título de rey de Jerusalem á Hugo de Lusignan, rey de Chipre, al cual proclamaron y coronaron en Tiro, el 24 de setiembre de 1269, á pesar de las protestas de María, Princesa de Antioquía, descendiente de los antiguos reyes de Jerusalem.

Entre tanto, algunos príncipes europeos se disponían para llevar socorro á los orientales. El primero fué D. Jaime el conquistador, rey de

(1) Concilia Labbés tom. 11, part. 1, col. 915.

(2) Véase el año 1172, y 1198.

(3) Gallia Christ. nova tom. 2, pag. 23.